

bre bajo nuestros templados climas del hemisferio septentrional.

Los cálculos aproximativos hechos sobre el depósito de los aluviones en el lago de los Cuatro Cantones y en el de Thoune han dado dieciséis mil años al geólogo Heim, y quince mil a Brückner y a Bek, como el período probable transcurrido desde la última retirada de los hielos helvéticos¹.

En los Estados Unidos, los restos de un depósito glacial, terminado por una moraina frontal, se extendían como una muralla, desde Long-Island hasta las riberas del Ohio y del Michigan, después al Oeste, hasta la frontera de la Puissance, al pie de las montañas Rocosas, y resulta que, según el trabajo de erosión que las lluvias y los ríos han realizado a través de esos montones de restos, los geólogos han evaluado de muy diverso modo el período en que los hielos del «gran invierno» comenzaron a retirarse hacia el Norte, abandonando la moraina depositada oblicuamente a través de la América. Las evaluaciones más recientes hablan de cerca de diez mil años antes que nosotros, y Winchell, precisando el número, le fija en setenta y ocho siglos².

Los aluviones de los ríos—medida por lo demás muy incierta,—han podido también servir de medida a la vida de la humanidad. De este modo, se han encontrado en el delta del Nilo cacharros cubiertos por capas de depósito anuales, unos contados, otros solamente evaluados según los cuales estos restos del trabajo humano se remontarían a 15000 años³. Observaciones análogas se han hecho en las capas aluviales del Mississipi; pero tales comprobaciones son de naturaleza demasiado vaga para que se pueda, antes de nueva discusión, concederles grande importancia.

Como quiera que sea, los períodos de tiempo que nos indican los observadores de la morfología terrestre como transcurridos durante las edades de la geología moderna—retirada de las llanuras y formación de los ríos actuales—son muy poca cosa en comparación de las decenas y centenas de miles de años con que puede decirse que juegan los arqueólogos de la prehistoria,

¹ Albert Heim, *Ueber das absolute Alter der Eiszeit*, Vierteljahrsschrift der Gesellschaft in Zürich, XXXIX, 1894.

² N.-H. Winchell, *American Geologist*, Vol. X, 1892, pág. 80; Mac Gee, *American Anthropologist*, vol. V, octubre 1892, pág. 373.

³ Mac Gee *Earth, the Home of Man*, pág. 15, Anthropological Society of Washington.

cuando nos hablan de la duración de los tiempos empleados por nuestros abuelos para elevarse gradualmente desde el estado de civilización eolítica al conocimiento de las letras, sin contar que proceden en sus cálculos como si la Naturaleza se hubiera contentado con un primer ensayo de humanidad, para proseguirle sin tregua y sin retoque a través de la sucesión indefinida de los pithecanthropos y de los hombres. Pero ¿quién nos dice que la energía terrestre no ha debido rehacerse varias veces para triunfar y llevar a estado viable esta especie humana que, de progreso en progreso, ha acabado por tener conciencia de sí misma y de todo lo que la rodea, hasta el punto de poder considerarse como el «alma de la Tierra»?

Un hecho es cierto, que atestigua la larguísima duración de la existencia humana sobre el planeta: la especie se nos presenta como habiéndose propagado de un extremo al otro del Mundo desde tiempos inmemoriales.

En los principios de la historia escrita, principios que varían desde algunos siglos a diez millares de años para los diversos países, según la sucesión de los descubrimientos hechos por los civilizados, arios, semitas o turanos, los continentes estaban poblados en casi toda su extensión, lo mismo que las grandes islas situadas en la proximidad de las costas: los únicos espacios completamente desiertos eran, como en la actualidad, las ásperas regiones de las montañas, las superficies nevadas o heladas, las turberas temblorosas, las arenas y las rocas desprovistas de toda vegetación.

En Asia apenas hay comarca donde los nómadas, árabes, baltiches o mongoles no se hayan aventurado y hasta habitado temporalmente después de las lluvias tempestuosas que producen la súbita germinación de las hierbas.

Sin embargo, quedan algunos desiertos de Arabia, especialmente al norte de Hadramaut, donde nadie osa aventurarse, vista la soltura de las arenas en las cuales puede enterrarse el hombre en pocos instantes.

En Africa quedaron inaccesibles vastas extensiones del Sahara durante todo el período conocido de la historia: tales al oeste del Egipto y de sus últimos oasis, Farafreh, Kargeh, Dakhel, las

formidables hileras de dunas que se desarrollan sobre una anchura de mil kilómetros en la dirección de Tibesti.

Las dunas de Iguidi en el Sahara occidental, son también cuidadosamente evitadas por las caravanas, y el Djouf, o «Ventre del desierto», al noroeste de Timbuctu, es una depresión, tal vez

salina, que defienden asimismo los peligros del hambre y el terror de lo desconocido contra todas las violaciones de las arenas por los pasos humanos.

Pero fuera de esas regiones verdaderamente inhabitables, los hombres se habían esparcido por todas partes, seguidamente, sobre todos los continentes del Antiguo y del Nuevo Mundo, hasta los promontorios extremos, hasta los «fines de las Tierras» y más allá del Océano, en la mayor parte de las islas y de los archipiélagos.



ESTATUA COLOSAL PREHISTÓRICA
DE LA ISLA DE LA PASCUA (OCEANÍA)
(Vista de la cara posterior) (British Museum, Londres)

La vía láctea de la Polinesia había recibido habitantes seguidamente hasta los grupos de las islas Bajas, invisibles de lejos sobre el vasto mar, hasta la solitaria isla de la Pascua, donde se han encontrado huellas de una civilización prehistórica casi grandiosa. La población completa de los espacios continentales atestigua la larga duración de las edades durante las cuales las diversas razas del género humano se propaga-

ron a través del mundo. Es difícil imaginarse cuán penosa había de ser la colonización antes de trazarse los caminos en los bosques y los pantanos, antes que se poseyesen barcos y balsas para los brazos de mar.

Y, sin embargo, la expansión de los hombres se hizo de un confín al otro del Mundo, sea lentamente, por el crecimiento de las familias, sea, en muchas ocasiones, por éxodos rápidos a grandes distancias del lugar de origen. Admira ver, en las dos masas continentales, cómo las agrupaciones del mismo tronco y de lenguas hermanas se encuentran separadas unas de otras, miles de kilómetros de distancia y sin ninguna relación mutua que atestigüe el antiguo parentesco.

Pero existen también numerosos grupos étnicos, cuya residencia en una misma región se ha perpetuado durante un número indefinido de siglos y que pueden considerarse prácticamente como verdaderos aborígenes: tales son las tribus americanas, que el naturalista Agassiz imaginaba ha-



ESTATUA COLOSAL PREHISTÓRICA
DE LA ISLA DE PASCUA (OCEANÍA) (Perfil)
(British Museum, Londres)

bían sido objeto de una «creación distinta» de la del Mundo Antiguo.

Estos grupos de indígenas, de gentes «nacidas de la tierra», habitan comarcas cuyo medio está caracterizado de una manera completamente especial por el clima o por el suelo: en ese ambiente particular, los residentes han de adoptar un género de vida muy distinto del de los vecinos más inmediatos.

Conviene, pues, estudiarlos aparte, para hacer constar bien los efectos poderosos y duraderos de un medio que no se modifica sino con gran lentitud y, por consiguiente, obrando lo mismo sobre los grupos calificados de razas como sobre el individuo. El conjunto del grupo étnico sometido a esas influencias constituye, por decirlo así, un ser humano de proporciones enormes y que vive durante períodos prodigiosamente prolongados.



MEDIOS TERÚLICOS

*Cada período de la vida de los pueblos
corresponde al cambio de los medios.*

CAPITULO II

CLASIFICACIÓN DE LOS HECHOS SOCIALES.—FRIALDAD Y CALOR.—SEQUÍA Y HUMEDAD.—MONTAÑAS Y ESTEPAS.—BOSQUES.—ISLAS, PANTANOS, LAGOS.—RÍOS.—MAR.—CONTRASTE DE LOS MEDIOS.—EL HOMBRE MISMO ES UN MEDIO PARA EL HOMBRE.

La desigualdad de los rasgos planetarios ha producido la diversidad de la historia humana, y cada uno de esos rasgos ha determinado su acontecimiento correspondiendo al medio de la infinita variedad de las cosas¹. Más brevemente, nos dice Greef que «la vida es la correspondencia con el medio». Por último Ihering se expresa así: «El suelo es todo el pueblo».

Tal es el principio fundamental de la mesología o «ciencia de los medios», que, hace más de dos mil años formulaba ya Hipócrates ante sus discípulos de Atenas. Las verdades generales que enunció fueron repetidas y amplificadas después por diversos escritores tales como Montaigne, Bodin, Montesquieu, pero con tan escasa precisión en los hechos que sus advertencias quedaron sin aplicación seria en el dominio de la geografía y de la

¹ H. Drummond, *Ascent of Man*.